

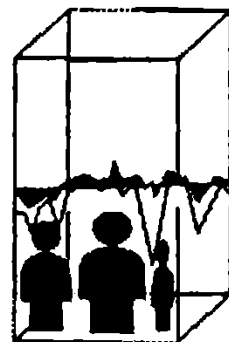
Cuadernos del Sur

AÑO 12 - Nº 22-23

Octubre de 1996

Latinoamérica: crisis del pactismo*

James Petras



Existen varias respuestas del movimiento sindical a la ofensiva neoliberal, sin embargo, no existe coherencia sobre cómo reaccionar en este nuevo contexto. Hay sectores sindicales que han iniciado varias respuestas, algunas muy conservadoras y otras más intransigentes. Una respuesta muy generalizada es volver a plantear el proteccionismo. Proteger nuestras industrias, proteger nuestros empleos, pactar con el capital: no es muy difícil volver al pactismo. Es un sindicalismo en la búsqueda de un capitalismo inexistente.

Hace muchos años estoy colaborando con sindicatos en varios países. Hablaré desde mi experiencia de apoyo y solidaridad con el mo-

vimiento sindical. Es importante clarificar la perspectiva y el ángulo desde el que voy a presentar esta discusión.

El liberalismo, como proyecto político económico, existía en una sociedad de campesinos y latifundistas con pequeños enclaves de mineros donde no existía legislación social, protección social, ni reconocimiento legal a los sindicatos.

Toda la lucha contra el liberalismo tenía su base en dos elementos: *primero*, desde el ángulo de las clases medias, el empuje fue para que el Estado juegue un papel como fuerza activa en estímulo de la industrialización de la pequeña burguesía, la clase media y los sectores empresariales embrionarios y, *segundo*, la lucha de clases de obreros y campesinos para crear una sociedad más igualitaria con protección social y legitimidad.

La diferencia entre liberalismo y neoliberalismo es que en la época liberal, la clase obrera está construyendo sus organizaciones forta-

* Texto en base a una conferencia dictada por el doctor James Petras en el Paraninfo Universitario, sobre la «Crisis del sindicalismo», auspiciada por el CIDE-UMSA. Reproducido de Revista *Umbrales*, núm. 2/3, Postgrado CIDES-UMSA, La Paz, agosto 1996.

leciéndolas y donde existe toda una institucionalidad, un poder relativo a un equilibrio de fuerzas entre capital y trabajo, una burocracia social y una legislación mala o buena que tenían la función de asegurar algunos niveles mínimos.

El neoliberalismo, un proyecto global

El neoliberalismo ingresa al cuadro actual como una fuerza que desmantela todo lo que ocurre en este periodo.

El primer problema fue que el movimiento sindical subestimó la profundidad y la radicalidad del proyecto neoliberal. Pensaron que era una ataque sectorial, un ataque que iba a cambiar alguna legislación, modificar la relación entre lo público y lo privado. En este sentido el neoliberalismo tiene la tarea de eliminar todo lo formado en los últimos 50 años y no sólo en Bolivia, no sólo en Norteamérica sino en todo el mundo.

Lo que está frente al sindicalismo es un fenómeno global, porque los mismos problemas que están planteando los sindicatos y los mismos problemas internos que se muestran, reflejan la aplicación de la política neoliberal.

Consiguientemente, tenemos primero que identificar cuáles son los indicadores de la crisis del sindicalismo para identificar el problema, posteriormente, analizar

los diagnósticos que han realizado algunos sectores del sindicalismo y después analizar las respuestas a este fenómeno.

Crisis del sindicalismo y Estado de bienestar

El problema de la crisis del sindicalismo forma parte de la crisis del Estado de bienestar social. El Estado de bienestar social era producto de un tipo de sindicalismo, un sindicalismo que tenía gran capacidad de convocatoria y gran capacidad de negociación. Todo el movimiento sindical entró en este juego y tuvo éxitos por un tiempo; pactismo con el MNR aquí, con el Partido Demócrata en Estados Unidos. Luchas como presiones sobre el sistema, y no luchas para transformarlo. El hecho es sobrepasar el pactismo.

El pactismo tenía un éxito relativo, relativo al momento, pero sin perspectivas de futuro. El capitalismo va a seguir repartiendo beneficios. Pensaban que aquello era el futuro. Toda la política de un buen líder sindical se reducía a eso.

La ruptura llegó y vino de la derecha que en un momento decidió que el pactismo, la concertación social, ya no servían a sus intereses. Se entiende luego que creara condiciones favorables en América Latina: sindicatos desmovilizados, concentración de poder en los sectores de capitales; dete-

rioro de la influencia de los pactistas —cada vez más—, jugando una línea del *mal menor* reconociendo su debilidad como sindicatos y ofreciendo concesiones para salvar parte de lo que quedaba y olvidar a la generación joven. Aquí los padres consiguen pensión, los hijos quedan en la calle ambulantes.

Todo este proyecto tenía como objetivo provocar una brecha generacional dentro de la familia misma. El hijo no podría repetir las etapas de la vida de los padres. El padre ingresaba a la fábrica, acumulaba experiencia y organizaba sindicatos. El hijo empieza con un nivel más alto que el padre, un hijo que viene de familia estable, pero cuando finaliza su educación qué le queda si no fábricas cerradas, minas reestructuradas y una gran crisis porque no puede seguir el ciclo del padre: entrar al sindicato, luchar y mejorar la vida. Todo es inestable, inseguro, abunda trabajo sin condiciones sociales. En este mundo, una gran parte de la juventud no sabe lo que es el sindicato. Las organizaciones sociales quedan como cosa residual y fragmentada.

Declive del sindicalismo pactista
El sindicalismo muestra un declive, expresado en varios indicadores.

Este sindicalismo de pactismo que tenía sus momentos de gloria queda inmovilizado, pierde la ca-

pacidad de movilizar y politizar, porque todo se arregla en negociación. El mundo de pactos y concertación es la caída de la capacidad de movilizar y politizar de la clase obrera, es el declive en la influencia política y social.

El pactismo despolitiza a la gente. Esto significa un declive en la influencia política, la nueva generación no entra en la lucha social política, porque no está incluida en los pactos.

El pactismo implícitamente tenía como regla solucionar las cosas por su sección, hacer militante y combativa la lucha, pero con una base política estrecha.

En su gran auge el movimiento sindical tenía mucha influencia en la pequeña burguesía, el panadero del barrio, el sastre, el médico de la comunidad. Los comerciantes, durante las huelgas, extendían créditos, existía una cultura obrera sindical que tenía influencia más allá de sus números; un efecto multiplicador que es la expresión de la hegemonía. La clase obrera era un polo de referencia para todos los sectores y cuando organizaba sus grandes marchas aglutinaba a todos los sectores pequeños burgueses cuentapropistas y tenía un dinamismo que representaba un polo social político, pero como los pactos y concertaciones no tenían incluido en la agenda la actividad en la calle, surge una di-

visión entre el sindicato y lo que llamamos el sindicato obrero y las clases populares.

En las sociedades particularmente semi-industrializadas, muchos sectores sociales están subsumidos y explotados indirectamente por el capital, pero al pactismo no le interesaba este tipo de relaciones. Antes que vincularse con estas luchas en las calles, para el sindicalista era mejor presentarse en la oficina del ministro de trabajo, presentar el pliego de peticiones y salir al balcón declarando la gran victoria del pueblo.

La hora de la ruptura

Esta política, cuando la burguesía realiza la ruptura, provoca que el sindicalismo pactista quede colgado. Era la época de la melancolía, es decir, era preferible conseguir una victoria relativa a una derrota que repliegue contundente. Se trataba de mostrar que todavía había vida para el pactismo.

Esto en sí mismo es un problema profundo, porque estamos frente a una fuerza política económica que quiere derrumbar y destruir todo el tejido social. La burguesía está en la lucha política como clase contra clase; mientras los pactistas están en la línea de luchar sector por sector. Esto es muy desequilibrado, uno está atacando en todos los frentes, educación, cultura en la vida cotidiana,

economía; el otro frente sigue pensando que algo se puede conseguir como fracción. Esta situación dejó a la clase obrera ideológicamente desarmada. Si la retórica siguió siendo socialista, la práctica era el bienestar social dentro del capitalismo.

Cuando llega la ruptura, el capitalismo cambia la cara: de amable, negociadora y concesionaria a la cara dura de rechazar cualquier concesión y no sólo elimina sindicatos sino el empleo, las fábricas y las minas.

Esto hace que el pactismo ya no tenga una práctica que figure dentro de las propuestas alternativas, porque el socialismo no es el concepto de una utopía. Utopía es una frase inadecuada, porque es una proyección separada de las prácticas cotidianas. Todos pueden tener una visión de futuro, hasta un burgués que se imagina un futuro de amor y paz. Por el contrario, el socialismo es un proyecto alternativo, empieza en las prácticas y relaciones cotidianas, en el trabajo, en el barrio, en la familia. No se puede decir un día: vamos a dejar de lado todo y construyo el socialismo como una utopía, si no se practica el trabajo colectivo, la solidaridad desde la práctica cotidiana. De esta manera, se crean las transformaciones.

Finalmente otro indicador del declive del sindicalismo fue la pér-

dida de capacidad de ganar las huelgas. Los militantes luchan y pierden porque toda la clase capitalista se ha unificado por un nuevo proyecto, que elimina costos sociales y los deposita sobre las espaldas de los obreros que tienen que financiar su propia jubilación, su salud, su educación. Frente a esta situación, los huelguistas salen a las calles y el capital enfrenta a éstos con la totalidad de la clase con la totalidad del Estado. Esta situación otorga poca posibilidad de ganar una lucha sectorial.

La eliminación de mediaciones establecidas por los partidos pequeñoburgueses que tenían un pie con la clase obrera y el otro con la burguesía, que tenían un discurso nacionalista que apoyaba al sector al sector público, elimina también la posibilidad de poner presiones sobre el gobierno y la clase capitalista.

El capital neoliberal y su forma de actuar está eliminando la opción reformista, no acepta repartir sus beneficios ni asume posición intermedia. Los neoliberales están para todo o nada. Están tan fuertes que no creen que corren riesgos. Utilizan un único argumento: que no hay alternativa. Esta posición está creando nuevos discursos donde la clase obrera sólo tendría una opción: someterse y aceptar las consecuencias y esperar que algunas gotas caigan de arriba.

Orígenes de la globalización

Frente a esta situación los sindicalistas varían en su interpretación sobre lo que está pasando. Algunos hablan de los cambios tecnológicos que estarían provocando una recomposición de la clase obrera y que a partir de las necesidades tecnológicas la clase obrera pierde trabajo. Sabemos que la tecnología en sí misma no tiene un impacto uniforme, depende de las relaciones sociales. Un estado obrero campesino utiliza las nuevas tecnologías de volatilización computarizada para bajar las horas de trabajo y tener más tiempo de ocio. Simplemente la introducción de tecnología no tiene el efecto de bajar los salarios y dispersar la fuerza de trabajo. Este resultado es un producto de las estructuras de poder donde la tecnología es un instrumento que profundiza la explotación.

En esta situación, primero, la explicación de la crisis de la clase obrera no es determinada por la tecnología. Segundo, que la globalización ofrece condiciones para reestructurar el trabajo, donde la empresa para ser más competitiva tiene que bajar el costo y a partir de ello tiene que eliminar puestos de trabajo.

En sí misma la globalización históricamente era compatible con el crecimiento. ¿Qué tipo de globalización ocurre ahora y por qué la

globalización está acompañada con reducciones en los niveles de vida? Más allá de eso, la globalización es un imperativo histórico o reflejo de los intereses de clases sociales muy determinadas a grandes capitales financieros en América latina, con capitalistas internacionales imperiales que fijan la política liberal como una forma de beneficio, desarticulando al sector productivo, desarticulando los mercados internos para canalizar todos los recursos hacia un sector capital.

Violencia política y cambio de la correlación de fuerzas

Entonces la globalización en sí misma no explica nada. Necesitamos ver profundamente el proceso en las clases sociales.

La tercera explicación de lo que está pasando es que existe una ofensiva de clases, un cambio de la correlación de fuerzas, no la aplicación de la racionalidad del mercado. La racionalidad no está cambiando tanto en Estados Unidos como en Europa con treinta millones de desocupados; en Europa occidental con 20% de los trabajadores. La racionalidad económica es una palabra ficticia. Es racional desde el cálculo de los beneficios de sectores incorporados en estos circuitos internacionales.

Esta estrategia hacia afuera y desde arriba es un producto de

derrotas y victorias por la clase dominante para cambiar la coordinación de fuerzas a través de la violencia. Los orígenes de la globalización están ligados a la violencia de los años setenta, consolidados con las transiciones pactadas. Este pacto del diablo entre los parlamentarios, los políticos electoralistas con los regímenes de fuerza y el debilitamiento de los sindicatos es el producto de una ofensiva clasista insólita en este siglo.

Es una táctica que ataca sector por sector, una táctica bien pensada que no provoca una confrontación global de clase contra clase. Henrique Cardoso, presidente del Brasil, ataca a los petroleros que era el sector más beneficiado y organizado. En Bolivia se ataca a los mineros, intención que tiene un contenido eminentemente político: eliminar al primer protagonista de la política. La política de choque fue una forma de desarticular la sociedad civil organizada y a partir de eso se inicia la segunda fase —la privatización— que es más fácil.

La política de choque es eminentemente política y la segunda es política, económica y social. Grandes transferencias de lo público a lo privado, de lo privado nacional a lo privado internacional, y ello tiene un marco de ofensiva de clase totalizadora frente a

la acumulación social de los últimos 50 años.

Respuestas a la ofensiva neoliberal

Existen varias respuestas del movimiento sindical a la ofensiva neoliberal, sin embargo, no existe coherencia sobre cómo reaccionar en este nuevo cuadro. Hay sectores sindicales que han iniciado varias respuestas, algunas muy conservadoras y otras más intransigentes.

Una respuesta muy generalizada es volver a plantear el proteccionismo. Proteger nuestras industrias, proteger nuestros empleos, pactar con el capital: no es muy difícil volver al pactismo. Es un sindicalismo en la búsqueda de un capitalismo inexistente. Existe una pugna entre el capital que quiere protección con el gran capital, sobre la forma de tratar los costos laborales. Eso debilita la posibilidad que surja una burguesía progresista que pueda luchar por el proteccionismo.

En América latina está surgiendo por primera vez en este siglo una hegemonización de intereses frente a la política neoliberal. Existen sindicatos que critican el Tratado de Libre Comercio y por primera vez están buscando lazos con el sindicalismo clasista de México. En ese contexto el proteccionismo es muy difícil.

Segundo, los obreros colaboran en la eficiencia y trabajan para aumentar la calidad del producto para ser más competitivos. Es una forma de relación del obrero contra el obrero eliminando al capataz. Ahora el obrero tiene la responsabilidad de exigir a su compañero que trabaje más y más en la línea de los patrones. Eso significa que tiene menos influencia sobre el control de las condiciones de trabajo, con una economía liberal que por naturaleza genera inseguridad en el trabajo. El principio es una transacción: garantizamos trabajo y colaboración con el patrón. Pero el mismo liberalismo es eliminado pidiendo la colaboración mientras esté profundizando la precariedad. Esta estrategia tampoco es una respuesta.

Un boicot puede funcionar pero depende del ambiente general de la población consumidora. La premisa de un boicot eficiente es que la gente ya tiene conciencia de solidaridad de clase e identificación con el sindicato. Para ser efectivo el boicot tiene que existir politización, crear la conciencia para que la gente no vaya a una tienda, por ejemplo, a comprar productos. Es una expresión de la lucha y no una subsistencia por la lucha.

En algunos países los sindicatos se convirtieron en agencias de servicios que significaron un sindica-

to organizador de vacaciones. El sindicato no sirve sino como un instrumento, porque cuando menos lucha menos afiliados atraen. Esto no funciona.

La lucha a nivel internacional

La lucha tiene que ser a nivel internacional porque cada vez más el capital se mueve de un país a otro. Las bases objetivas existen para paralizar la producción internacional. Por ejemplo, ahora se producen frenos de un automotor en un país, motores en otro. Esto crea una gran oportunidad porque la paralización de una empresa paraliza la capacidad de montar el producto final. La coordinación entre los diferentes obreros productores en diferentes países tiene la capacidad ahora de paralizar las multinacionales. Eso implica un reconocimiento del poder del sindicato y la clase obrera. La globalización es un cuchillo de doble filo, si hay un reconocimiento de la potencialidad de la lucha. Las tendencias actuales son las huelgas multisectoriales o mejor dicho huelgas generales.

En Brasil han lanzado una huelga general. Los dirigentes de la Central Unica de Trabajadores están en este proceso de recomponer el curso de los últimos diez años al integrarse. Esto va a ser un desafío fuerte porque la burocracia sindical en São Paulo es muy

grande, fuerte y muy resistente. Han puesto sobre la mesa la posibilidad de derrotar el neoliberalismo y crear un poder hegemónico. Eso implica que la reforma agraria no es un problema del campo, es un problema de la ciudad. Un problema de la ciudad es combinar con la lucha de sectores avanzados del campo y crear de verdad la alianza obrero-campesina que siempre se hablaba en todos los congresos y nunca se realizó.

El neoliberalismo se puede derrotar

El neoliberalismo es una lucha del conjunto de la clase burguesa. Eso exige una nueva estrategia. Hay que tocar las áreas vitales del modelo, las principales fuentes de ingresos: bancos, minerales, comunicaciones, todos los sectores que acumulan capital. La lucha pública sólo puede ganar en el grado que está integrado con la lucha de los sectores estratégicos de transportes y comunicaciones, finanzas y exportación, y eso tampoco es suficiente.

El tema del número de sindicalizados es ahora un arma de la burguesía que busca movilizar a los sectores pobres contra los sectores organizados y culparlos por la pobreza generalizada. Con esta táctica lo único que quieren es el voto del pueblo. Una demagogia don-

de los super ricos hablan de la pobreza. Una broma de mal gusto. En las elecciones en esta alianza desde arriba se juega mucho.

Si no hay un lazo con los sectores no organizados tradicionalmente en sindicatos, que apoye uno a uno y otro al otro, no se puede alcanzar alianzas profundas ni contundentes. Los sectores de la economía informal no son informales, son sectores capitalistas explotados por el capitalismo, sin regulación. Nosotros no debemos aceptar estas categorías. Estos sectores están subsumidos en el capitalismo y hay que volver a organizar, los obreros —tradición en Bolivia, en Chile, en Argentina— en los años diez y veinte se organizaban con nociones que aprendieron en las minas. Si se empieza a conversar, se empieza a politizar. Crear una cultura obrera es decisivo en estos momentos, porque estamos frente a un enemigo que quiere destruir los lazos afectivos frente al mercado.

La burguesía habla mucho de la familia pero está destruyendo la familia, porque el marido al no tener trabajo empieza a tomar y entra en conflicto de pareja, en vez de conflicto de clase. El padre pega a la esposa, la esposa pega a los niños, los niños pegan a los gatos. Es muy alta la tasa de suicidios entre la gente afectada por esta situación. Existen empresas que destru-

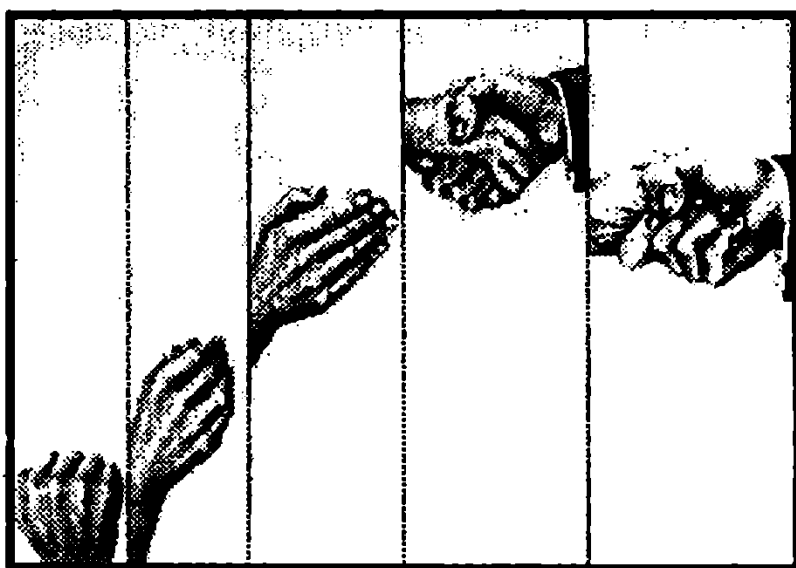
yen toda la comunidad. Es necesario defender la casa, la familia, la seguridad contra los atropellos del liberalismo.

En el último periodo, el gobierno de Francia decidió que era momento de cortar el presupuesto social y eliminar la jubilación. En Francia los sindicatos llevaban representados en 35% del sector, tenían todas las condiciones materiales supuestamente para luchar. Sin embargo, el secretario general tiene salario, el obrero calificado tiene oficina, pero tuvieron una gran victoria. ¿Cómo lo hicieron? A partir de movilizaciones y asambleas en todos los lugares de trabajo, aglutinando miles y miles de obreros sin hacer afiliados, sin pedir carnet. A través de asambleas consiguieron la hegemonía en París que no es el París de Marx, es el París de clase media. Los parisinos tenían que caminar seis y ocho kilómetros para ir al trabajo por la paralización de metro. Ganaron hegemonía para luchar y casi derribaron al gobierno con su huelga general indefinida paralizando todo el transporte. Los banqueros tenían que dormir en las oficinas. En esta situación, desde el ángulo de acumulación de estructuras, la superficie hace parecer el sindicalismo latinoamericano más fuerte, con más afiliados, con gran tensión, sin embargo, no se hacen muchas cosas. No enfrentan, los

enfrentan. Los franceses, más anárquicos, más mediterráneos, una vez que salió la lucha todo lo organizaron y todo quedó paralizado.

La lección de estas luchas es que el neoliberalismo se puede derrotar, pero esto implica una misma forma de luchar que va más allá de luchas puntuales, una lucha que pone sobre la agenda todo el problema neoliberal. Una con-

trapolítica de ruptura desde abajo, que busca una estrategia que combina la lucha inmediata con la lucha relacionada con los aspectos estratégicos de funcionamiento de este sistema. Poniendo, finalmente, desde el sindicalismo, desde este movimiento cada vez más amplio, una agenda política que funcione en defensa de las reivindicaciones del pueblo.



Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE